

¿Dónde está la diferencia?

Mara Michelle

Directora, periódico *Consenso Noticias*

La Habana, Cuba

Esta es mi tesis: *La diferencia de la discriminación racial entre Cuba y los Estados Unidos podría estar en que los afro-norteamericanos comenzaron por el inicio, los debates. A partir de ellos, los negros se hicieron ver, se hicieron tomar en cuenta dentro de una sociedad ultrarracista; con esto llegó el reconocimiento y la aceptación; hoy por hoy, los negros y los blancos de Norteamérica gozan de iguales derechos. Los cubanos, en cambio, empezaron por el final; es decir: por la aceptación del negro como ciudadano que «tenía» que vivir junto al blanco, y se fueron consolidando relaciones superficiales entre ambos, aunque siempre con la premisa de que el negro está allí gracias a los blancos. Hasta hoy no se ha dado la premisa fundamental para la identidad racial u otro tema cualquiera: los debates.*

Ahora quiero demostrar mi tesis a partir de problemas: ¿Qué ley promueve que un negro no pueda asistir a la escuela o recibir atención médica? ¿Qué ley dice que los negros son distintos a los blancos? ¿Con qué moral se atreven los blancos a linchar a un negro? ¿En base a cuál ley cometan dicho delito? ¿Acaso saben si este ser humano tiene una familia que lo espera del trabajo? ¿Con qué

derechos los blancos se han creído siempre superiores a los negros?

En los primeros años del siglo pasado, todavía la sociedad civil norteamericana adolecía de linchamientos de negros, aún cuando la esclavitud había sido abolida y se pretendía que ambas razas gozaran de los mismos derechos. Sin embargo, continuaba la discriminación, una cruenta y brutal discriminación, que interponía una barrera entre los hombres blancos y negros.

Los negros comenzaron a unirse para encontrar, entre ellos mismos, hechos concretos que los llevaran a rebatir todos los argumentos del por qué los blancos se creían los únicos con derechos, los únicos y auténticos seres humanos. Ciudadanos negros, motivados en hacer valer sus derechos, comienzan a realizar debates públicos y, a través de las palabras, una revolución contra todo lo que estaba institucionalizado.

Un grupo de estudiantes en la Universidad negra de Wiley comienza a prepararse para grandes debates en la sociedad. Se armaron con la verdad, descrita en acciones de los mismos seres humanos. La sagacidad y audacia de este grupo fue tan convincente, que

fueron invitados a debatir en una prestigiosa universidad para blancos: Harvard.

El tema era la moralidad o no de la desobediencia civil. Tomaron como símbolo a Gandhi, el padre de este tipo de lucha. El debate intenso, de altura, y sobre todo civilizado culminó con el orador negro citando a San Agustín: si una ley es injusta, no debe ser tomada como ley. Entonces, ¿qué era mejor: la desobediencia civil o la violencia? Y aquel terminó dando gracias a dios de que los negros en los Estados Unidos habían optado por la primera.

Porque hay una gran diferencia: en la desobediencia civil, simplemente no se acata una ley, que podría ser injusta, mientras que la violencia siempre genera violencia y casi nunca conlleva a enseñanza constructiva ni a superar la injusticia de las leyes discriminatorias.

Este tema se aborda en la película norteamericana *Los grandes polemistas* (2007), bajo la dirección de Denzel Washington, que ha sentado un gran precedente en parte de la sociedad negra cubana. Ha sido como un descorrimiento de cortina ante la inmovilidad a la que hemos estado sometidos, no ya en los 50 años de revolución, sino desde que Cuba se independizó de España (1898).

La sociedad cubana ha mantenido una discriminación bastante sutil. Al principio, durante la esclavitud, era muy evidente y marcada, aunque ya en los grandes salones de la aristocracia podía verse algún que otro mestizo, símbolo de la mezcla y de la aceptación, además de negros y mestizos que tenían la condición de libertos, con más derechos que los esclavos, que estaban bajo la autoridad y padecían la crueldad de sus amos. Cuando Cuba se independiza y se convierte en República (1902), los negros todos eran libertos, la esclavitud había sido abolida (1886) y las leyes se aplicaban a todos los ciudadanos, sin excepción de raza o color.

Se crearon sociedades de color, donde algunos negros se reunían para conocer y reafirmar sus identidades, como seres que guardaban diferencias con los blancos. Se creó también, en 1908 el primer Partido Independiente de Color, que curiosamente no tuvo ni antecedentes ni émulos en Brasil, los mismos Estados Unidos u otras zonas del hemisferio occidental.

A las esferas del gobierno llegaron negros, por su inteligencia o audacia, y eran vistos como líderes, también sindicales, por todo el pueblo de Cuba. Antes de la primera mitad del siglo pasado, un negro ya había logrado llegar al poder en la Isla, ser representante o senador. Todo muy distinto a lo que acontecía en los Estados Unidos por aquella época, donde los negros no eran esclavos, pero no gozaban de los mismos derechos que los blancos y eran víctimas de sangrientas discriminaciones.

Con el triunfo de la Revolución, el tema racial no era un problema a resolver, según alegó Fidel Castro en su autodefensa *La historia me absolverá* (1953). Para los cubanos blancos, los negros simplemente eran personas que convivían con ellos, que podían hasta sentarse juntos a la mesa y comer, pero siempre eran negros, seres inferiores con pelos raros, caras feas y rudas, nada que pudieran envidiarles. Por eso, cuando los revolucionarios llegaron al poder, se veía un pueblo mixto, un pueblo de blancos y negros «unidos».

Esta supuesta aceptación de los negros por los blancos, más que erradicar los prejuicios raciales, los reforzaron. A falta de referencias, los negros se han plegado a las costumbres de una raza distinta a la suya, la blanca. Se han visto reflejados en hombres de cara fina, mujeres con ojos azules y cabellos abundantes. Y con esto, los negros han dejado de ser. En Cuba, la mitad de la población es negra y mestiza.

Sin embargo, Cuba es un pueblo censal y culturalmente blanco, excepción hecha de la cultura de abajo folclorizada. Los medios masivos siempre han privilegiado la visión del blanco. Ese mismo blanco que abraza orgulloso a su hermano negro, lo invita a tomar café y le dice a su mujer: éste es mi amigo. Pero esa relación no es equilibrada: el blanco no siente ni respeta la fuerza de la raza, no reconoce la tradición africana, excepto para el divertimento y la incursión exótica. Él ve a una persona (el negro) con inquietudes como las suyas, heredadas, pero donde no aparece la preocupación por el negro, es decir: el blanco no ve al negro.

¿Cuándo es que el negro se hace presente? Cuando vamos a barrios marginales y encontramos que la mayor cantidad de vecinos son negros, hablan en mala forma y se comportan con desfachatez. Ahí es donde Cuba se descubre en su limitación: *tenía que ser negro*. O cuando vemos a una joven rubia que se enamoró de un compañero de escuela, afable e inteligente, pero con un gran defecto: es negro. Ahí es cuando los padres sí ven al negro: como invasión. Ya no es su posible amigo ni su posible hermano. Otra ocasión para la visibilidad del negro: cuando una joven negra aspira a un puesto importante de cualquier gerencia. Entonces su cara chata, sus labios gruesos y grandes se hacen incompatibles con los patrones estéticos que reproducen las portadas de las empresas. En ese momento nos damos cuenta de que no todos somos iguales, que el negro es simplemente «feo»: no cumple con los exigentes cánones de «belleza».

En Cuba el racismo viaja por canales paralelos a la farsa de que todos somos iguales. Y como mismo actúan los blancos, los negros no saben que tienen que ser reconoci-

dos y aceptados tal como son, y se menosprecian o subvaloran. En Cuba faltaron los debates que se dieron en la sociedad norteamericana, donde los negros no imploraron mezclarse con los blancos, sino que lucharon, en este caso con palabras, para que fueran tomados en cuenta y visibles. Y es por eso que, hoy por hoy, la llegada de un afronorteamericano a la presidencia de los Estados Unidos es el premio a una lucha sin tregua, sin sumisiones, sin aceptaciones ni subestimaciones de una raza que fue traída de África, esto es: de la cuna de la humanidad tampoco visible.

Con la película antemencionada, un sector de la población afrocubana ha despertado, ha visto una puerta por la que puede pasarse a un nuevo estado de convivencia entre blancos y negros. En la Cuba actual necesitamos los debates, el intercambio de ideas, el discurso sobre teorías del comportamiento humano, el análisis de diferencias y semejanzas. Nunca es tarde si el despertar llega. Ya es hora de que los negros cubanos se vean primero ellos mismos, que se paren frente a un espejo y delineen su silueta, sus facciones, para que vean qué belleza es la suya, que no es la que imponen las sociedades interraciales. Y después, que busquen dentro de sí todo lo que tienen para ofrecer, su intelecto, su bienestar, su solidaridad, y que cada acción que realicen la vean desde esa imagen que vieron en el espejo.

Termino mi tesis: ¿Qué era mejor: sentar en un largo camino las bases de la aceptación y respeto al negro para recoger los frutos de ser visible para la sociedad, o pensar que todo está bien, que los negros pueden juntarse con los blancos, gozar de iguales derechos y recoger como fruto el manto de la inferioridad?